Opinión

Debe haber claridad sobre las prioridades

Mario Hernández



Plantear en este momento reformas "estructurales" para la economía hacia el mediano y largo plazo usando el esquema de leyes no parece ser acertado, así esos cambios se requieran. La razón es contundente: nadie sabe a ciencia cierta la magnitud en el tiempo que tendrá la pandemia y su impacto sobre la economía, reconociendo que es claro que no es nada superficial sino profundo y con datos escalofriantes. Es urgente enfrentar la fiebre del paciente y no preocuparse aún por la ropa que vestirá.

Claro: desde hace rato se está pensando en una reforma laboral y pensional, en las cuales todos han sido dubitativos, comenzando por los gobiernos de turno, el mismo Congreso de la República, los gremios y el sector privado. Otra cosa son los temas que poco o nada tienen que ver con la coyuntura y que requieren un trato urgente, como la reforma a la justicia (desprestigiada hasta más no poder), la modernización de las corporaciones autónomas regionales (nidos de politiquería regional) y una revisión del funcionamiento político para ponerle seriedad a ese tema.

A decir verdad, no es oportuno entrar a plantear una reforma laboral profunda ahora, por una razón pragmática: con ella no se cambia en nada la situación crítica que vivimos, en la que los trabajadores también han llevado del bulto. Países como España y Francia han decidido en ese sentido. Eso no opta para que el asunto no se siga estudiando y en temas concretos, como el teletrabajo, se expidan normas que se ajusten a una realidad y su objetivo sea estimularlo y no frenarlo por una sencilla razón: si a la empresa se le imponen trabas y costos exagerados, sin duda que recurre a contratar servicios fuera del país, lo cual nadie lo puede impedir. Y ello sería malo para el trabajo local.

¿Reforma tributaria? Por favor no le hagamos ese daño a la economía del país y es equivocado plantear una subida de impuestos en una recesión. Sencillamente, se agudiza la caída y en consecuencia los recaudos. Lo tecnócratas pregonan la reforma, pero el presidente Duque con su pragmatismo y claridad conceptual no es partidario. Y puede resultar duro, pero debe imponerlo e impedir que se siga generando incertidumbre. El cuentico de que ahora sí vendrá una "reforma estructural" ya está desprestigiado. Como en este tema van a caer varios gobiernos, Colombia debe mandar un mensaje que estimule a que empresas de afuera vengan a producir aquí y permitan el desarrollo de sectores que necesitan urgente inversión, como el desarrollo del agro y la agroindustria, la reconversión industrial y la economía del conocimiento a través de la tecnología. Sin duda, esta crisis está llevando a muchas empresas transnacionales o acercar a sus centros de consumo las plantas de producción y nuestro país debe presentarse como una opción.

> La prioridad es buscar que el daño en el consumo sea el menor posible. Hay que huir del dogmatismo sin dañar lo existente, aceptar la realidad y ser conscientes de que en esta crisis estamos perdiendo todos".

En este momento, la prioridad es procurar que el daño en variables como el consumo sea el menor posible para mantener vivo al aparato productivo. Y por eso hay que huir del dogmatismo e ideas extremas sin dañar lo existente, aceptar la realidad y tomar conciencia que es una crisis enorme en la que están perdiendo todos: la empresa y los trabajadores de todos los sectores, el gobierno central, los departamentos y los municipios, la banca y toda la gente y en esos términos hay que saber que el punto de partida es muy delicado para el mundo entero.

Empresario exportador

Historias de reconciliación (II)

Ricardo Santamaría



Hace 15 días en esta columna conté la increíble y cierta historia de reconciliación de dos policías invidentes y el jefe guerrillero que había comandado la emboscada donde ellos quedaron ciegos, y que hoy son amigos y dan conferencias juntos.

La respuesta de los lectores fue notoria y esto me animó a realizar esta segunda entrega sobre el mismo tema. Son historias que inspiran por su poder transformador, por su capacidad de mostrar la fuerza del perdón y la forma silenciosa pero real en qué tantos colombianos han pasado la página de la violencia y en medio de las más difíciles circunstancias rehicieron su vida y sí, hoy son felices. Aquí van otras dos historias cien por ciento reales.

Tiene 11 años. Vive con su familia en una zona rural. Se escapa de la casa una noche. Quiere encontrar a su padre que le dijeron se fue para la guerrilla. Luego de varios días llega al campamento de un frente de las Farc. La recibe el comandante. Le dice que conoce a su padre pero que es el jefe de otro frente. Pero que ella se queda con él. "De ahora en adelante -afirma- usted es mi mascota".

Esto, con estas palabras, me lo contó ella cuando la conocí dando una conferencia sobre el posconflicto a la junta directiva de una multinacional. Entonces tenía 26 años, estaba casada, tenía dos hijas y trabajaba como Promotora de Paz del programa de desmovilizados de la Presidencia de la República.

Siendo guerrillera, el Ejército la capturó cuando tenía 16 años, entró primero al Instituto Colombianao de Bienestar Familiar (ICBF) por ser menor de edad, y luego al programa de desmovilizados. Colaboró con la justicia y se acogió a la amnistía.

¿Qué hacía en la guerrilla?, le pregunté. "Fui entrenada como francotiradora y cumplía labores de investigación", me dijo, al aire, en el programa "Conversemos en Paz". Ese día, en el programa, pidió perdón por sus años en la guerrilla. Era un ser humano transformado. Una mujer empoderada.

> Hace 15 días en esta columna conté la increíble y cierta historia de reconciliación de dos policías invidentes. Aquí van otras dos historias 100% reales".

La segunda. El día que la conocí recibía un cheque de 50 millones de pesos de una ONG, que financiaba un emprendimiento rural que ella lideraba. Tomó el micrófono y dijo: "Miren señores, en mi familia tenemos todas las causales de víctima de la ley". Y empezó a enumerarlas: "Hijo en la guerrilla, sobrino desaparecido, esposo secuestrado..." Contó cómo su familia había sido desplazada por la violencia y tuvieron que dejar atrás la finca donde había nacido. Pero también contó cómo había empezado de nuevo, con la familia que pudo reunir, tíos y primos, y cómo había diseñado un proyecto agropecuario con otras familias -una cooperativa de productores- que hoy recibía el aporte necesario para arrancar-.

Cuando terminó de hablar, le pregunté: "Usted ya perdonó...?" Se quedó pensando un momento y dijo: "Yo sí, pero no respondo por otros miembros de mi familia..."

¿De donde sacó fuerzas para volver a empezar? Mientras almorzaba, me contestó: "Yo siempre he sido la misma, siempre he sido una líder..."

Su historia resume la esencia de la paz de Colombia: Es una oportunidad para quien decida usarla.

Analista y escritor.
risasa1960@gmail.com

Demontage criollo

Sergio Calderón Acevedo



Al finalizar la primera guerra mundial, Alemania fue sometida a una enorme humillación en el Palacio de Versalles, y al reconocimiento de una reparación impagable, que condujo a la quiebra de la economía, al incumplimiento y a la ocupación del Ruhr, en 1923. Fueron confiscadas las plantas industriales, desmanteladas y llevadas a otros países. De una potencia industrial, Alemania pronto paso a ser un país agrícola y minero, con hambre e hiperinflación, y allí prosperó el nacional socialismo, que casi acabó con Europa tres lustros después. El demontage fue uno de los peores errores de las potencias, y la semilla de la siguiente guerra.

En Colombia no ha habido guerra desde 1933, pero parecería que llevamos 50 años sufriendo un proceso gradual de desmantelamiento del tejido industrial, que ha llevado a que las manufacturas representaran 21,4% del PIB en 1970, mientras que en 2019 dicha participación fue apenas 11,9%. Y, como la economía ha crecido enormemente en este medio siglo, ella lo ha hecho, principalmente, alimentada por importaciones de bienes intermedios, de capital y de consumo que no hemos producido internamente, mientras que nuestros proveedores prosperan por nuestra inacción. Nos hemos conformado con que nuestra propia debilidad produzca devaluaciones recurrentes, que enriquecen coyunturalmente a unos pocos exportadores, y que nos dan una competitividad completamente artificial, mientras que el otro virus, la enfermedad holandesa, el de las revaluaciones por las bonanzas, corroe cada vez más al sector real.

Al inicio del siglo, Colombia importó US$11,8 millardos y exportó US$13,2 millardos. Había superávit en el sector agrícola y minero, y un déficit de US$4.876 millones en bienes industriales. Veinte años después, en 2019, importamos US$52,7 millardos y exportamos US$39,5 millardos. Un abultado déficit comercial que es explicado totalmente por el hecho de que apenas exportamos US$18.502 millones en manufacturas, mientras importamos la friolera de US$49.614 millones. Nos salva de un mayor abismo haber exportado casi US$18 millardos en hidrocarburos, los cuales se acabarán pronto ya que nadie quiere hablar de fracking. Las mayores importaciones provienen de 10 grupos, encabezados por químicos, electrónicos, maquinaria, material de transporte y alimentos. Sí, Colombia, el país verde, campeón de la biodiversidad, importa alimentos elaborados y el año pasado US$4,248 millones en refinados, ¡a pesar de que gastamos muchísimo en una refinería en Cartagena!

Medio siglo sin política industrial y sin dolientes, ha llevado a que prosperen pozos petroleros, minas de carbón y ventas ambulantes. De política productiva poco. Es hora de que alguien, juiciosamente, se siente a revisar los registros de importación, e identifique industrias que sustituyan las compras externas, sin aranceles, sin subsidios, cuotas, ni regalos. Solo con productividad, calidad y deseos de apoderarse de un mercado del cual se han adueñado China y otros países y bloques con los que hemos suscrito nuestros tratados de Versalles, sin que se halla cavado una sola trinchera ni disparado un solo cartucho.

Economista. sercalder@gmail.com